

Las goteras del parlamento, ¿recuperación o deterioro?

Manuel Campa

Artículo publicado en "La Nueva España" (15-9-2013)

Si no se corrigen las goteras de un edificio, en poco tiempo éste se viene abajo. Da lo mismo que sean las cortes- en plural-, que la corte - en singular. Las goteras del Congreso de los Diputados, por unas obras supuestamente mal planificadas, han sido interpretadas como una señal más del deterioro institucional, como si fueran un signo de mal agüero. Del mismo modo que, también supuestamente, los funcionarios no cobraban la pasada extra de navidad, mientras se enteran de que, igualmente de modo supuesto, los más altos cargos habían percibido anteriormente sobresueldos en dinero negro que, supuestamente, ya habrán gastado y, por eso, nadie se acuerda de nada, excepto el habilitado, un tal Bárcenas. Es lógico que quienes supuestamente cobraron sobresueldos en dinero negro sobrelleven la actual crisis económica con mejor ánimo que quienes no cobraron la extra de navidad o quienes presenciaron los EREs fraudulentos de Andalucía. Pero, si los supuestos sobresueldos pagados en negro a los más altos cargos del gobierno español y los EREs ilegales andaluces contribuyen decisivamente a la desmoralización política de los ciudadanos, el batacazo recibido por la candidatura de Madrid para organizar en 2020 los Juegos Olímpicos, ha dejado al descubierto las penurias y lacras de nuestra política deportiva. Cuando el pasado mayo una juez ordena, en sentencia, destruir las 212 bolsas de sangre y plasma, incautadas por la guardia civil, en 2006, en la operación "Puerto", en un fallo que fue calificado a nivel internacional "como el mayor encubrimiento del dopaje en la historia del deporte" (Andy Murray), nuestro desprestigio deportivo como país se volvió universal. El mismo R. Nadal consideró el fallo como un gran error. Hubiera sido suficiente con fundamentar la publicidad y el castigo al dopaje en la salud pública y en el estado de alarma generalizado por poner en peligro la pervivencia del deporte de alta competición, una de las aportaciones geniales que nos han dejado los griegos clásicos. Mientras nosotros, es decir, la justicia española que representa al Estado, desactivamos los casos Puerto, Grial, Galgo y Urco, incluso mediante una gatera legal, por escuchas y registros no correctos, la patria de Billy el Niño y de Al Capone persiguió hasta el final el dopaje de su ciclista más laureado Lance Armstrong hasta privarle de los títulos de ganador de siete tours de Francia. Además, nosotros, es decir, España, hemos hecho senadora a una de las principales implicadas, en un episodio que parece sacado del Lazarillo o del Buscón.

Las imágenes de la presentación en Buenos Aires, el pasado día 7 de septiembre, de la candidatura de Madrid debieran ser proyectadas ante todos los niños españoles. Nada más edificante que contemplar la cara de estupor de Ana Botella, alcaldesa de Madrid, y de Alejandro Blanco, presidente del COE, cuando les preguntan por la Operación Puerto. Esperaban, tal vez, que les preguntaran por las condiciones del estanque del Retiro para celebrar una naumaquia. O, probablemente, confundieran las autotransfusiones de sangre de la Operación Puerto con las autotransfusiones de dinero negro del caso Bárcenas. Ambos adoptaron la misma expresión que los viejos campesinos asturianos cuando, en noches bien oscuras, se encontraban con la Güestia, con la procesión de las ánimas en pena. Aunque, verdaderamente, la expedición española, tan numerosa como la suma de los japoneses y

turcos participantes en el evento, bien se podía considerar, igualmente, la Santa Compañía. Ana Botella, poniéndose los auriculares, cuando le hablaban en español y, quitándoselos, en plan vacilón, cuando le hablaban en inglés, representó, no la España conservadora, liberal y tolerante, sino la España negra de charanga y pandereta, de que habló Machado. No es lo mismo organizar una boda en el Escorial, con el maestro Correa de testigo ilustrado, que presentar ante la opinión pública de todo el mundo qué hemos hecho los españoles con la Operación Puerto.

Es impensable que nuestros héroes, Ana Botella y Alejandro Blanco, dimitan después de obtener menos votos que en los dos intentos anteriores de traer los Juegos Olímpicos para Madrid. Aquí no dimite nadie nunca, salvo honrosas excepciones. Ni en Italia, donde tienen que sacar a rastras, a rastro, a Berlusconi del Parlamento, ni en Francia, donde Sarkozy no quiso ni oír del caso L'Oreal, por financiación indebida. Sólo se dimite, ejemplarmente, en los países protestantes. Sería inimaginable, por ejemplo, que alguien dimitiera aquí por pasar una multa de tráfico a nombre de su mujer, como hizo en Gran Bretaña el ministro de Energía y Medio Ambiente Cris Huhne, o por haber plagiado una tesis doctoral, como el ministro de Defensa alemán Karl T. Z. Guttenberg. Lo dice muy bien una copla vaqueira:

El señor cura nun baila

Porque diz que tien corona,

Baile señor cura baile,

Que Dious todú lo perdona.

Las recientes goteras del Congreso de los Diputados simbolizan el estado de desmoralización política de una buena parte de la sociedad española. Mientras tanto, un gran número de ciudadanos cumple concienzudamente con su deber civil y con su trabajo, si lo tiene. Urge poner los medios para que sea superada esa desmoralización política, que se caracteriza por una carencia de entusiasmo por la vida pública, por una falta de rumbo y por la contradicción flagrante, en no pocos dirigentes, entre lo que se dice y lo que se hace.